

EL CORREO DE LEVANTE

DIARIO DE LA TARDE

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

Plaza de Cotina (antiguo local del Gobierno Civil)

ANUNCIOS A PRECIOS ECONÓMICOS

MURCIA 22 DE OCTUBRE DE 1902

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En Murcia, un mes. pesetas 1

Fuera, trimestre. 3

NUM 781

NO SE DEVUELVEN LOS ORIGINALES



LA SEÑORA

DOÑA PILAR GERMÁN Y SOLÁ

HA FALLECIDO ANOCHE A LAS DIEZ

después de recibir los Santos Sacramentos

R. I. P.

Su desconsolado esposo D. Miguel Eduardo Pardo, madre doña Matilde Solá, hermanos D. Joaquín y doña Angela, padre político, hermanos políticos, entre ellos D. Gonzalo García González, tíos, tíos políticos, primos, primos políticos, sobrinos y demás parientes;

PARTICIPAN á sus amigos tan dolorosa pérdida y les ruegan encomienden á Dios el alma de la finada y asistan á su funeral que se verificará mañana á las diez en la iglesia parroquial de San Juan Bautista, por cuyo señalado favor, les anticipan la expresión de su reconocimiento.—El entierro se ha verificado esta tarde en el vecino pueblo de Aljezares.

Murcia 22 de Octubre de 1902.

CASA MORTUORIA: GLORIA, 41.

No se reparten esquelas

CRÓNICA

¡Pobre Pilar!

Para Miguel E. Pardo

He tenido el privilegio tristísimo de ser testigo presencial de sus últimos momentos, de su tránsito de esta vida deleznable y misera, á otra vida mejor. Después de muchas horas de horribles padecimientos, de lucha cruel, de extenuantes y agonías, exhaló sin darse de ello cuenta el último suspiro. Fue obra de segundos: el pobre corazón cesó de latir y todo terminó con la fugacidad, con la rapidez del relámpago.

Ella, tan buena, tan resignada, tan noble y cariñosa, ya no existe. La enfermedad traidora, la enfermedad implacable, tronchó en flor esa existencia de treinta y tres años. En su rostro dejó impresa el dolor su mueca de angustia y padecimiento: en su cuerpo todo, adviértense los destrozos producidos por la odiosa, por la brutal tuberculosis.

No he asistido jamás á un derrumbamiento tan precipitado y desconsolador, como el de esa naturaleza joven y lozana, poco antes espléndida, poderosa, dotada de todos los atractivos de la belleza y de todos los privilegios de la salud. Como florido y esplendoroso árbol derribado por el huracán, vino á tierra, y secáronse sus verdes hojas y agostóse su robusto tronco... ¡Tristes ruinas de una existencia malograda!

Dolorida cuando tenía derecho á la salud, moribunda cuando tenía derecho á la vida, desgraciada cuando tenía derecho á la felicidad, la he contemplado un día y otro con lágrimas en los ojos, y penas en el alma y protestas en la conciencia. Ahora acabo de contemplarla, en brazos del descanso eterno, del indescifrable misterio: ya no sufre, ya no agoniza, y sin embargo la huella del dolor continúa impresa en su rostro.

¡Noche triste, tristísima la noche última! La huerta silenciosa, en reposo, solamente de vez en cuando turbado por el canto de un gallo ó el ladrido de un perro. La luna en toda su plenitud, presidiendo el espacio iluminado por sus rayos y como enviando un beso frío y melancólico á la pobre muerta. Todo frío, todo tristeza, toda soledad fuera: y dentro los piadosos re-

zos dirigidos por la santa religiosa que la ha acompañado en su enfermedad y la sigue acompañando en su lecho mortuario: después también la soledad, la tristeza y el frío.

Y la pobre muerta en el suelo, sobre una alfombra, á la luz macilenta de los cirios, ostentando en su cuerpo hinchado, destrozado, elegante vestido encargado con tantas ilusiones para las expansiones de la vida y trocado en sudario de la muerte. Por lo lóbrego del cuadro, por lo característico del escenario ¡qué gran fuente de inspiración para un aire murciano de nuestro Vicente Medina!

Ya no late aquel gran corazón, lleno de ternuras, cuyos posteros latidos fueron consagrados al adorado esposo ausente: ya no vibra aquella rica imaginación, que le pintara tantas promesas de felicidad convertidas en realidades de dolor: juventud y belleza, bondad y virtud, cariños idolátricos é ilusiones mentidas, todo lo asesinó, con saña implacable, el microbio invisible de la tisis.

¡Pobre Pilar! ¡Para qué las estériles protestas y las amargas consideraciones ante lo inevitable y sin remedio? Fuerza es rendirse á la brutalidad de los hechos consumados, y demandar para ella de arriba, donde es todo luz y esperanza, la dicha que por tantos títulos mereciera y que le fué negada aquí abajo, donde es todo oscuridad y decepción: donde, los momentos felices transcurrieron rápidos y las sensaciones dolorosas perduran crueles.

F. Bautista Monserrat

INSTANTANEAS

Cartagena

Yo la ví en traje de gala siempre que entré por sus puertas y ayer con mucha alegría la ví por la vez primera hacendosa y laboriosa con el traje de faena; siempre esto mismo de grande esa ciudad que progresa y sube con vuelo de águila y con majestad de reina.

Sobre sus aguas tranquilas las rizadas ondas besan aquellas moles gigantes con sus máquinas soberbias que escandalizan el puerto con sus tonantes sirenas.

«Carlos V» se destaca cual pueblo que balancea sus torres y sus cañones y sus altas chimeneas.

Allí me empujó la barca que cortó el agua serena y el buque me abrió sus brazos y me encontré en su cubierta igual que en un campamento preparado para guerra.

Era la ciudad flotante que Verne nos describiera: soldados que van y vienen en formaciones correctas, máquinas que no se cansan ni un momento en sus tareas, las órdenes de los jefes que difunden las cornetas, el crujir de los cañones cuando se inclinan ó elevan, el mudo y perseverante resignado centinela, el orondo cocinero con su papalina espléndida, el hormiguero que sube y baja las escaleras,

hombres que no lo parecen por las oscuras caretas que el carbón pone en sus rostros y fingen colonias negras; las bocanadas de humo que como nubes dispersas un palio denso le forman á la espaciosa cubierta, y el monstruo que se estremece al hervor de sus calderas, corazones que palpitan con pulsaciones inmensas...

¡Cuántas memorias bien tristes vinieron á mi cabeza ante aquellos uniformes, requisitos de la guerra!

¡Cuántas historias surgieron bajando aquellas cavernas de seres que ya no existen, desde la infausta tragedia en que las olas cubrieron parte de nuestra grandeza...

¡Gemidos de moribundos me parecieron aquellas continuas algarabías de garfios y de cadenas!

Plácido Rojer de Larra.

UN CUENTO DIARIO

Marujilla

Rubia como las candelas, con dos ojos pardos como dos luceros, la bóguita como una fresa y la nariciella graciosa y descañonadamente respingada, así era aquella criatura de unos ocho años que se pasaba la tarde y la noche callejeando de café en café, con un bucaro de flores en una mano y un manojo de varas de nardo en la otra.

Marujilla, que así la llamábamos, era huérfana; sus hermanas mayores eran floristas y andaban comerciando con sus flores y llevando y trayendo recaditos por dentro de los teatros; pero ella, hasta que fuera mayor y entendiera de estas cosas, se tenía que quedar fuera. Así la conocimos, y siempre reogida en medio de la calle.

Como los hombres somos así, la niña se acostumbró á oír desde su más tierna edad las barbaridades que por acá se esquila decir á las muchachas pobres que se nos acercan, y como en la descañonada vida callejera resulta desairado aguantarse las pulgas sin contestarlas con desenfado, la niña había aprendido una serie de desvergüenzas con que respondía á las barbaridades de los hombres.

Marujilla, en el concepto público, era muy salada, no se cortaba por nada, y según la frase popular, para todos tenía. Aquel contraste que formaban su edad y hasta su tipo angelical con su lenguaje, ¡daba pena!

La chiquilla de ocho años, físicamente honrada, sabía más picardías que la meretriz más corrida, y escuchaba la broma más soez y contestaba la obscenidad más escandalosa, tranquila, risueña, como la cosa más sencilla y más natural del mundo.

Mi amigo Luciano, poeta romántico aficionado á metáforas atrevidas, decía de la florista diminuta:

¡Maruja parece un entierro de gloria!

Todo blanca, todo oro, todo flores y plumas, y en medio de todas las galas un niño muerto. Belleza, gracia, alegría y dentro de todo eso el cadáver de la inocencia.

Un día no apareció por la puerta del café, donde nos acababa para cambiarnos nardos por perras gordas y no volvimos á verla más.

Todos la echamos de menos, pero sobre todos el gran «Cuasimodo».

Cuasimodo era el nombre de guerra, que había acabado por ser también el de paz, con que era conocido el fosforero del café, nombre adecuado á su figura, pues era un jorobadillo feo y ridículo, como el célebre adorador de la «Esmeralda» de «Nuestra Señora de París».

Cuasimodo quería á Marujilla como un padre, y muchas noches heladas del invierno, al entrar ó salir del café veíamos á Marujilla en el cuchitril del fosforero compartiendo con él, el vaso de café que le daba el dueño del establecimiento y los restos de medias tostadas con que los mozos solían obscuriarle.

En el verano, cuando ante la abierta ventana se pasaba las horas Marujilla oyendo y contestando chirrigatos indecentes, solíamos ver á Cuasimodo, á honesta distancia, contemplándola con honda expresión de tristeza, y el que le hubiera observado detenidamente, hubiera notado que en aquellos ojos ocultos bajo sus peludas cejas como una charca entre espadañas, alternaban la tristeza con que miraba á la niña y la ira con que nos miraba á nosotros.

Pero, ¡bah! Cuasimodo era un pobre fosforero feo y deforme, y era también lógico y natural que le dijéramos barbaridades los caballeros; y él, ¿qué iba á hacer?

Reirse, ¡reirse siempre! Claro es que la broma obligada era decirle á Marujilla que Cuasimodo estaba enamorado de ella... y la niña se moría de risa y le ponía de picardías que no había por donde cogerle.

Un día, después de muchos de la desaparición de la chiquilla, le dijimos:

—Pero, hombre, parece mentira que tú no hayas averiguado aun lo que ha sido de Marujilla.

—¡Pues no lo he de saber!—nos contestó.—¿Se acuerdan ustedes de un señor de patillas blancas que le decían D. Gabriel, que había sido coronel de tropa y se sentaba en el rincón? Pues ese señor tuvo mucha lástima de la chiquilla, y como es persona que tiene mucha mano con el Gobierno y con duques y marqueses, la ha metido en un colegio, donde dicen que está como una reina.

¡Qué sé yo los años que pasaron después de esto! Quizá diez ó doce, cuando, al volver del entierro de un amigo, en el cementerio de San Isidro nos encontramos con otro muy lujoso. En los coches vimos artistas dramáticos, periodistas, gente conocida. ¿Qué entierro es este? preguntamos, y el cochero nos dijo:

—Debe ser el de esa cómica tan buena de la Zarzuela que murió anteayer.

Era verdad; la pobre Flora, la tiple que tenía tan gran porvenir y había muerto tan al principio de su carrera.

En esto, entre los coches, vimos la grotesca figura de Cuasimodo, á pie y le llamamos.

—¿También vas tú en el duelo?

Y acercándose me dijo al oído:—¡Si es ella, si es Marujilla!—Y le corrieron las lágrimas por las mejillas rugosas y velludas.

Le hice subir al coche, y le dije al cochero:

—Vuelve, que vamos á acompañar al otro entierro.

Y en él estuvimos. Cuasimodo ocultándose detrás de mí como avergonzado de verse entre tanto caballero.

Cuando, si hubiera justicia en el mundo, Cuasimodo debía haber presidido el duelo.

Carlos Luis de Cuenca.

CUADRO

Geográfico—Estadístico—Administrativo

DE ESPAÑA

POR

CARLOS GARCÍA AYALA

Gracias, amigo Carlos, muchas gracias por tu dedicación.

Hoy llevo de fuera y me encuentro agradablemente sorprendido con la presencia de tu «Cuadro Geográfico» que examino con verdadero placer. Es una obra completa. En sus cortas dimensiones, he visto todo cuanto puede necesi-

tarse en el despacho más exigente. Tu cuadro es de una utilidad práctica que apenas quedará un despacho en España donde no ocupe un lugar preferente.

He comparado el primero que hiciste con este y he visto importantes reformas y plausibles innovaciones que vienen á completar aquella obra que te valió unánimes aplausos prodigados con justicia por toda la prensa de Madrid y provincia.

Su estética es inmejorable; responde á las exigencias del despacho más lujoso.

Abogados, profesores, comerciantes, industriales etc., tienen en tu cuadro una síntesis minuciosa de todo lo que en España puede haber de importante para sus relaciones y necesidades.

Allí se encuentran juzgados, obispos, arzobispos, Girones, institutos, universidades, registros de propiedad, el horario de todas las capitales en sus esferas correspondientes, provincias, sus categorías, latitud, longitud, ríos, habitantes, escuelas públicas, Normales, escuelas especiales, colegios incorporados, seminarios conciliares etcétera.

Todo esto minuciosamente clasificado, con todas sus divisiones y dejando satisfecha la curiosidad más perspicaz.

Si se agrega á todo esto el magnífico mapa de la Península que figura en el centro y el retrato de Alfonso XIII que preside el Cuadro, resulta de un trabajo que solo pueden realizar hombres de tu laboriosidad y de tu talento.

Ya te lo dije en Madrid cuando me dispensaste la atención de explicarme el plan que yo te aplaudí sinceramente y con entusiasmo.

Si, amigo Carlos, tu obra es muy hermosa y por ella te felicito y deseo que se te agoten varias ediciones, que bien lo merece. Tú eres uno de mis discípulos predilectos, porque he visto en tí siempre el ingenio y la actividad personificados; y quiero públicamente manifestarte mi aplauso y recomendar tu cuadro á todos mis amigos y al público en general, para que vean que no es la amistad lo que guía mi pluma, sino la justicia al mérito y al talento del amigo. ¡Nunca mejor empleada la pluma, que cuando hace justicia á las cualidades del amigo que realiza una obra patéticamente notable!

Mi enhorabuena de corazón.

Pedro Jara Carrillo.

Carta de Madrid

21 Octubre

Sr. Director de EL CORREO DE LEVANTE

La sesión de esta tarde en el Congreso ha sido la primera de la serie de las que según anunció el marqués de la Vega de Armijo «hay dispuestas para regocijo del público de las tribunas.»

El Sr. Romero Robledo ha comenzado á explicar su anunciada interpelección sobre la política desarrollada por el gobierno desde la última sesión del anterior período legislativo; su pasividad durante el interregno y sus desaciertos; las causas de la crisis y sus consecuencias, que hicieron desaparecer todo un programa pactado y firmado por los primates del partido fusionista; el por qué de la no presentación del mensaje del monarca, puesto que estas son las primeras Cortes que se reúnen en su reinado efectivo y otras mil incidencias que el batallador ex-ministro ha ido rebuscando y promete seguir desmenuzando, para procurar á la Cámara popular alguna animación, que no otra cosa consigue, pues ya se verá á la terminación del debate como sus resultados no son otros que los que precedía en mi anterior; tiempo perdido vano y tontamente.

Y es verdaderamente doloroso lo que ocurre en este país. Aquí no se concibe al Parlamento en su natural y legítima función de discutir y votar leyes; ya todos se han acostumbrado á hacer de las Cortes un circo galeístico, tomándolas como palenque de lucha de unos partidos con otros, de blancos contra negros y tenemos en todas las legislaturas el mismo lastimoso y hasta denigrante espectáculo.

Inútilmente esperará el pueblo que salgan del Parlamento cosas útiles y prácticas.

Pero lea extractos de sesiones como la de esta tarde y se regocijará, pasará un rato agradable, muy ameno...

¡Así anda todo!

E. B.

